

Las organizaciones partidistas y la identidad política del venezolano a partir de 1958

Party Organizations and Venezuelans' Political Identity after 1958

Herbert Koeneker*

Licenciado en Comunicación Social (UCV, 1974), Master of Arts en Medios de Comunicación y Cambio Social (Stanford University, 1977), Master of Arts en Ciencia Política (The University of Michigan, 1980), Doctor of Philosophy, PhD en Ciencia Política (Tulane University, 1983). Profesor Titular (tiempo integral), Universidad Simón Bolívar, Caracas, en las áreas de docencia e investigación: sociología política, comunicación política, política comparada

Resumen

La identificación con los partidos y la solidaridad con los dirigentes políticos constituyeron no solo un importante aliciente para el derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez y la subsiguiente instauración de un régimen democrático, sino que además sirvieron de base para diversos cambios experimentados a partir de entonces en la identidad política de los venezolanos. Esta comprende, como se sabe, otras dimensiones de carácter cognitivo, afectivo y axiológico que trascienden la mera auto-definición como militante o simpatizante de un partido. En el presente trabajo, de carácter descriptivo y exploratorio, se hace un recuento de la evolución de los factores que han condicionado la identidad política y la identificación partidista en el país con el retorno a la democracia el 23 de enero de 1958.

Palabras clave

Identidad política; identificación partidista; desalineamiento partidista

Abstract

Citizen identification and solidarity with party organizations and political leaders were not only an important incentive to overthrow dictator Marcos Pérez Jiménez and to establish a democratic regime, but also set the stage for the redefinition of political identity amongst Venezuelans. This identity includes, as it is well known, cognitive, affective, and axiological dimensions that transcend the merest self-definition as a militant or party sympathizer. In this paper, I describe and explore the evolution of different factors shaping political identity and party identification after the return to democracy on January 23, 1958.

Key words

Political identity; party identification; party de alignment

* **Correo electrónico:** hkoeneker@gmail.com, hkoeneker@usb.ve

Recibido: 27-11-2014

Aprobado: 13-05-2016

INTRODUCCIÓN

La identidad política ha sido conceptualizada como el conjunto de valores, orientaciones y comportamientos de un individuo que están vinculados con su visión de las relaciones de poder existentes en el seno de la sociedad. Se trata, en otros términos, de su “yo político”, forjado a través de un proceso continuo de socialización e interacción con otras personas e instituciones (Dawson y otros, 1977, pp. 38-39). Por el carácter interactivo de ese proceso, dicha identidad adquiere también una significación colectiva o social al tenerse conciencia de que existen “otros” con características distintas a las suyas, a la vez que “otros” con rasgos comunes o compartidos (Waldman, 2000, p. 317).

Cuando se hace referencia a las relaciones de poder, ha de tenerse presente que se alude a los poderes públicos, los actores que los conforman y los aspirantes a incorporarse en ellos, así como también a las organizaciones de la sociedad política y de la sociedad civil dedicadas a ejercer influencia sobre los procesos de formación e implementación de las políticas públicas. Esta precisión resulta necesaria, pues a menudo se tiende a confundir identidad política con identificación o autodefinición partidista. Si bien esta última constituye parte de aquella, su ámbito se limita a los principios doctrinarios, actitudes y conductas relacionadas con los partidos políticos.

Esta simplificación conceptual puede ser atribuida, al menos en parte, a la crucial influencia que se le otorgó a la identificación partidista como principal determinante del comportamiento electoral, a partir de los estudios realizados inicialmente en Estados Unidos por el Survey Research Center (SRC) de la Universidad de Michigan en los años cincuenta y sesenta. En ellos se destacó el papel preponderante que jugaba la militancia o simpatía partidista del votante a la hora de sufragar, muy por encima de la influencia ejercida por las variables “imagen de candidatos” y “asuntos de relevancia pública” (*issues*). Como “voto normal” fue bautizado este modelo explicativo, en alusión al voto esperado de los simpatizantes partidistas (Converse, 1966; Salamanca, 2012, pp. 36-41).

No obstante, para la década de los ochenta la influencia de la identificación partidista había disminuido notablemente frente a las otras dos variables del modelo, lo que fue interpretado como una consecuencia del auge de la televisión y de otras tecnologías de la información y comunicación (TIC), que habrían asumido en gran medida el rol de los partidos como instancias de mediación entre los ciudadanos,

el Gobierno y los líderes políticos. La progresiva disminución de los autodefinidos como simpatizantes o militantes, aunada al incremento del llamado “voto cruzado” entre los estadounidenses, fueron señalados como prueba o evidencia de ese fenómeno (Graber, 1997, pp. 230-232).

En este punto conviene resaltar el hecho de que si bien diversos estudios han puesto de manifiesto esa pérdida de influencia de las identificaciones partidistas en los procesos electorales, investigaciones relativamente recientes, al tomar en cuenta el estado de ánimo de los votantes, han podido constatar que entre quienes se sienten seguros y complacidos, la simpatía con un partido juega un papel fundamental a través de la activación de su sistema de actitudes y disposiciones. Por el contrario, si se encuentran sujetos a estados de ansiedad y tienen ante sí escenarios previsibles de infortunio o adversidad, esa simpatía pierde en forma drástica su impacto sobre el elector, al ser comparada, especialmente, con la variable “asuntos de relevancia pública”. En este contexto se activa, según los investigadores, el sistema de vigilancia de la personalidad (*surveillance system*), que conduce a obviar o subestimar las actitudes hacia los partidos (Marcus y otros, 2000, p. 119).

EL “ESPÍRITU DEL 23 DE ENERO” Y LAS SIMPATÍAS PARTIDISTAS

El papel protagónico que desempeñó la Junta Patriótica¹ en la caída de la dictadura perezjimenista, aunado al protagonismo de otros grupos o sectores sociales como el estudiantil, el de los intelectuales, los movimientos populares y militares, contribuyeron a promover el llamado “espíritu del 23 de enero”.

El mismo, según lo expresó Miguel Otero Silva en un discurso pronunciado con motivo del primer aniversario del fin de la dictadura, fue un sentimiento compartido sobre lo ineludible que resultaban para el país, tanto la solidaridad como el entendimiento y la cooperación, lo que se tradujo en un primer momento en la unidad de partidos, de sindicatos, de intelectuales y de la nación en su conjunto (Caldera, 1999, p. 137).

¹ La Junta Patriótica, constituida a mediados de 1957, estuvo integrada por dirigentes de Unión Republicana Democrática (URD), Partido Comunista de Venezuela (PCV), Acción Democrática (AD) y Copei (cf. Stambouli, 1999).

Ese espíritu de los tiempos, aparentemente conciliador, se plasmaría en distintos acuerdos de concertación: 1) el de Avenimiento Obrero-Patronal del 24 de abril de 1958; 2) la Declaración de Principios de Profesionales Universitarios y Profesores del 21 de agosto; 3) el Pacto de Puntofijo del 31 de octubre; 4) el Pacto de Unidad Estudiantil del 21 de noviembre; y 5) el Programa Mínimo Conjunto del 6 de diciembre (Suárez, 2006).

De esos convenios, el Pacto de Puntofijo, suscrito por dirigentes de AD, de URD y de Copei, fue concebido como un acuerdo entre las principales organizaciones partidistas del país, con el fin de garantizar la gobernabilidad durante el primer quinquenio de una administración electa en forma democrática (1959-1964) luego de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. En el mismo no fue incluido el PCV por tratarse de una organización, en palabras atribuidas a Rómulo Betancourt, con una filosofía política no democrática y porque su posición en política internacional reflejaba lineamientos impartidos desde afuera, no cónsonos con el interés nacional (Urbaneja, 2009, p. 11).² Tampoco fueron incorporados Integración Republicana (IR), organización creada por los mismos que habían fundado URD en 1946, Isaac J. Pardo y Elías Toro,³ ni otras pequeñas agrupaciones que participarían en los comicios del 7 de diciembre de 1958: el Movimiento Electoral Nacional Independiente (MENI) y el Partido Socialista de Trabajadores (PST).

LA DECLINACIÓN DEL ESPÍRITU UNITARIO

Si bien la concreción de los acuerdos mencionados puso en evidencia el deseo y la intención de transitar hacia la consolidación de la naciente democracia, los enfrentamientos y desacuerdos de tipo ideológico y personalista se hallaban latentes dentro y entre las organizaciones partidistas. El siguiente testimonio de Isaac J.

² Adicionalmente, el partido había sido señalado como promotor de las violentas manifestaciones en contra de la visita a Caracas del vicepresidente de Estados Unidos, Richard Nixon, el 13 de mayo de 1958 (cf. Bunimov, 1968, p. 84; Velásquez, 1979, pp. 208-209).

³ Pardo y Toro invitaron a Jóvito Villalba a incorporarse a URD después de haberse concretado su fundación. Pero luego, por divergencias con Villalba y sus seguidores, decidieron ponerle fin a su militancia en el partido (Ramírez, 2007, pp. 56-57). En las elecciones del 7 de diciembre, IR y el PST apoyaron, además de Copei, la candidatura de Rafael Caldera, en tanto que el MENI apoyó la de Wolfgang Larrazábal, junto con URD y el PCV. Este último partido, por cierto, obtuvo 2 senadores y 7 diputados con el voto parlamentario, 3 de los cuales integraron la Comisión Bicameral que redactó la Constitución Nacional de 1961.

Pardo resulta ilustrativo al respecto: “No era un partido [IR] sino una agrupación de opinión. Nuestro propósito fue el de aunar las voluntades, porque cuando cayó Pérez Jiménez empezaron los roces, no solo de partido a partido sino intrapartido. Dentro de Acción Democrática había enfrentamientos en ese momento, eso era una cosa inaceptable. Había que procurar una unión, una concordia, y ésa fue nuestra misión y una vez elegido Rómulo Betancourt, y muerto Elías Toro, resolvimos disolverlo” (Ramírez, 2007, p. 57).

Los mencionados enfrentamientos dentro de AD se harían notorios el 12 de abril de 1960, cuando un sector radical, que había confrontado a las autoridades del partido y planteado la necesidad de impulsar una revolución en el país, fue expulsado de la organización. El grupo constituyó el Comité Ejecutivo Nacional de Izquierda de AD, que pasaría a denominarse a partir de julio Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), (Rivas, 1987). Este se convertiría en uno de los principales promotores de la guerrilla en Venezuela, bajo la inspiración y con la ayuda material de la Revolución Cubana.

En marzo de 1961, el PCV, durante la realización de su III Congreso, decidió derrotar la política “capituladora” del Gobierno y adoptó el eslogan “¡Nuevo gobierno ya!” como estrategia de promoción de la insurrección guerrillera en el país (Blanco Muñoz, 1991, p. 12). La misma sería escenificada en zonas urbanas y rurales, con frentes y destacamentos en Anzoátegui, Barinas, Carabobo, Distrito Federal, Falcón, Guárico, Lara, Monagas, Yaracuy y Zulia.

La actividad subversiva se mantendría hasta la gestión presidencial de Rafael Caldera (1969-1974), quien prosiguió de manera exitosa la denominada “política de pacificación” iniciada por su antecesor, Raúl Leoni. No obstante, algunos grupos persistieron en sus acciones de desestabilización y terrorismo, como la Organización de Revolucionarios (OR), del Partido Liga Socialista (LS), que secuestró y mantuvo en su poder al directivo de la empresa Owens Illinois, William Niehous, entre el 27 de febrero de 1976 y el 29 de junio de 1979.⁴ En todo caso, los partidos de izquierda que habían sido inhabilitados por sus vinculaciones con la actividad guerrillera, fueron rehabilitados y pudieron participar en las elecciones nacionales

⁴ Varios de los implicados en el secuestro de Niehous han ocupado, valga la acotación, cargos administrativos y diplomáticos durante las gestiones de Hugo Chávez y de Nicolás Maduro (Pimentel, 2013; Santodomingo, 2013, p. 63).

de 1973, habiéndoles brindado apoyo a las candidaturas de Jesús Ángel Paz Gallarraga (PCV) y de José Vicente Rangel (MIR).

Las fisuras y divisiones de las organizaciones partidistas, observadas desde principios de los sesenta, así como las actividades guerrilleras y las rebeliones de militares de izquierda en 1962 (“Carupanazo” y “Porteñazo”), arrojaron indicios de que el “espíritu del 23 de enero” había expirado o estaba a punto de expirar. Sin embargo, como lo señaló Jesús Sanoja Hernández, todavía a finales de esa década, el 23 de enero constituía una “bandera” política (Sanoja, 2007, p. 15).⁵

Dicho en otros términos, la fecha del 23 de enero, pese a las acciones y eventos que cuestionaban la permanencia de un sentimiento colectivo de solidaridad y cooperación, siguió siendo utilizada como un símbolo político de la democracia venezolana. El cambio de denominación como “Urbanización 23 de Enero” al conjunto de edificaciones que Pérez Jiménez había bautizado como “2 de Diciembre”, en referencia al fraudulento triunfo comicial de su Frente Electoral Independiente (FEI) en las elecciones de la Asamblea Nacional Constituyente (ANC) del 30 de noviembre de 1952 y a su proclamación como Presidente provisional el 2 de diciembre, constituye un ejemplo de ello. También cabe mencionar, en el mismo sentido, el nombre “23 de Enero” con el que fueron bautizados cuatro barrios ubicados en la parroquia Las Tacariguas, municipio Girardot, del estado Aragua.

Como ejemplos adicionales del uso simbólico de la fecha, pero con una orientación o fundamentación diferente, se pueden citar la promulgación de la Constitución Nacional (CN) el 23 de enero de 1961, así como el cambio del inicio de las sesiones parlamentarias ordinarias del 2 de marzo de cada año (artículo 154 de la CN) al 23 de enero, según se estableció en el artículo 3º de la 2ª enmienda constitucional en 1983.⁶

⁵ En este sentido cabe destacar, como lo ha indicado Juan Carlos Rey, que “el Estado de partidos, elogiado por su contribución a la conservación de la democracia inaugurada en 1958, se convertirá, años más tarde, en la abominable ‘partidocracia’ a la que se acusará de ser la causa principal de la crisis que experimenta aquella forma de gobierno” (Rey, 2003, p. 11).

⁶ En diversas ocasiones, Hugo Chávez denostó el significado de la fecha del 23 de enero. Por ejemplo, en su programa “Aló, Presidente N° 61”, del 4 de febrero de 2001, expresó lo siguiente: “¿Cuál razón tiene el pueblo para celebrar el 23 de enero? Ahora los politiqueros de oficio, los que se beneficiaron y los que usurparon los derechos del pueblo después del 23 de enero, éstos sí tienen para celebrar el 23 de enero; pero es una minoría de privilegiados. El pueblo no tiene nada que celebrar la fecha del 23 de enero, pero el pueblo sí tiene que celebrar el 4 de febrero, porque eso sí es un día de revolución”.

EL FRACASO GUERRILLERO Y EL ÉXITO DEMOCRÁTICO

La insurrección guerrillera y los sangrientos golpes de Estado de 1962 no solo fueron derrotados en el plano militar, sino que lo fueron igualmente en el ámbito político. Como lo ha señalado un investigador estadounidense experto en el área, los grupos guerrilleros en las zonas rurales no lograron captar el apoyo decisivo de los campesinos, como tampoco ocurrió con los habitantes de los barrios en el caso de la guerrilla urbana. Tanto la reforma agraria implementada durante el gobierno de Rómulo Betancourt, como el acceso a viviendas, transporte e instalaciones educacionales en zonas urbanas populares materializado durante su gestión, habrían contribuido al apoyo al régimen democrático naciente y al rechazo mayoritario a la guerrilla. Rechazo que alcanzó sus máximos niveles ante acciones de terrorismo urbano y de crueldad como el asalto al tren de El Encanto, el 29 de septiembre de 1963, en el que efectivos de la Guardia Nacional fueron acibillados y lanzados fuera de los vagones, al tiempo que pasajeros civiles resultaban heridos (Tarver, 2004, pp. 40-41, 63).

En este punto conviene destacar el hecho de que las organizaciones de izquierda con orientación marxista obtuvieron, desde que se realizaron las primeras elecciones universales, directas y secretas en el país, durante el llamado “Trienio adeco”, votaciones muy reducidas. Así, Gustavo Machado, candidato presidencial por el PCV en los comicios de diciembre de 1947, apenas recibió el 3,12% de los votos, frente al 74,4% de Rómulo Gallegos y al 22,4% de Rafael Caldera.

Con el retorno a la democracia, luego de la dictadura perezjimenista, el caudal de votos de ese partido y de sus afines fue similar en un primer momento, para luego contraerse de manera significativa. Así, en 1958, Wolfgang Larrazábal obtuvo el 34,6% del total de los sufragios, de los cuales el 3,23% fueron aportados por el PCV. Para los siguientes comicios en los que participaron esas organizaciones, en 1973 los votos del PCV por el candidato Jesús Ángel Paz Galarraga se ubicaron en 0,69% del total escrutado, mientras los del MIR, a favor de José Vicente Rangel, sumaron 0,55%. En 1978, Américo Martín, miembro fundador y candidato del MIR, recibió el 0,98% del total de la votación, mientras que por Héctor Mujica, candidato del PCV, sufragó el 0,55% de los electores. En 1983, el MIR aportó 0,61% de la votación para la candidatura de Teodoro Petkoff, mientras el PCV captaba el 1,02% para la de José Vicente Rangel. Cinco años después, en 1988, el PCV apoyó la candidatura del psiquiatra Edmundo Chirinos, quien obtuvo el 0,80% de la votación total, el 0,34% de la cual provenía de los comunistas. En 1993, año

en que se concreta el fin del llamado “bipartidismo atenuado” entre AD y Copei, el PCV aportó el 0,34% del total de votos recibidos por Rafael Caldera (30,46%).

Las derrotas en el campo militar y en el electoral de los grupos marxistas constituyeron un éxito político innegable para el sistema democrático. Éxito, sin embargo, que se veía empañado con el correr de los años por el desencanto de los ciudadanos con las distintas gestiones gubernamentales. Al respecto debe subrayarse el hecho de que la elevada insatisfacción popular y la desconfianza hacia las organizaciones partidistas, constatada en 1973 por Enrique Baloyra y John Martz en su reconocido estudio sobre las actitudes políticas del venezolano (1979), persistieron e incluso se agravaron, con la previsible consecuencia de una caída en la identificación partidista, un desalineamiento de los militantes y simpatizantes, y el colapso del sistema de conciliación política inaugurado en 1958 con el Pacto de Puntofijo. En el siguiente cuadro se pueden apreciar los datos sobre el progresivo desapego hacia los partidos.

Identificación partidista (%)

	1973	1983	1990	1998 ⁷
Militantes/simpatizantes	48,7	38,4	32,4	36,6
Independientes	19,2	38,0	8,0	40,3
No interesados	32,1	23,6	20,6	20,7
<u>No sabe/ No contesta - - - 2,4</u>				
	100%	100%	100%	100%
1973: Baloyra y Martz (1979)				
1983: Torres (1985)				
1990: Molina y Pérez (1996)				
1998: Red de Estudios Políticos (Redpol)				

LA IDENTIFICACIÓN PARTIDISTA Y EL CHAVISMO

Con su holgada victoria en la elección presidencial del 6 de diciembre de 1998, Hugo Chávez, quien había centrado su campaña electoral en la demonización de la

⁷ El ligero repunte de militantes y simpatizantes observado este año refleja la aparición de dos organizaciones nuevas (Movimiento Quinta República, MVR y Proyecto Venezuela, PV), cuyos candidatos presidenciales captaron el 40,17% (Hugo Chávez Frías) y el 28,75% (Henrique Salas Römer) de la votación emitida por seguidores de cada uno de esos partidos. Al sumarse los sufragios de las otras organizaciones que los postularon, Chávez recibió el 56,2% y Salas el 39,97% del total de votos escrutados.

“corruptocracia puntofijista” y en la reivindicación de las víctimas y excluidos por los gobiernos de la “Cuarta República”, sentó las bases no solo para una acentuación del desalineamiento partidista observado ya en los comicios de 1993, sino además para una redefinición de la identidad política de la mayoría de los venezolanos.

En efecto, con su discurso encuadrado desde una perspectiva grupocéntrica, en la que se divide a la sociedad en dos grupos irreconciliables dentro de un contexto de juego suma-cero, Chávez logró a lo largo de su gestión polarizar políticamente al país entre chavistas y antichavistas, con un porcentaje fluctuante de no identificados con esas tendencias (Koencke, 2001). Como ha sido evidenciado por distintas investigaciones, ese discurso resonó favorablemente entre quienes albergaban resentimiento y deseos de persecución y castigo para los políticos, los partidos y, en general, los presuntos culpables de las precarias condiciones de vida a las que habían sido sometidos (*cf.* Capriles, 2008; Brito, 2009).

Esa ruptura del orden político reinante, que desde luego no ha sido exclusiva de Venezuela, tiende a producirse en aquellos sistemas democráticos en los cuales las aspiraciones y las redes clientelares se ven frustradas por crisis económicas que entorpecen su satisfacción y que dan pie a la aparición de nuevos líderes y organizaciones que prometen el resarcimiento de los perjudicados (Morgan, 2011, pp. 61-62). Hugo Chávez, con sus dotes carismáticas y sentido de oportunidad, canalizó esas expectativas para ser electo en 1998 y reelecto en 2000, 2006 y 2012 como Presidente de la República.

En este punto se debe acotar que la popularidad y apoyo a su gestión no fue siempre estable y mayoritario, especialmente durante su primer sexenio gubernamental. Ha de tenerse presente, en tal sentido, que si bien él había obtenido el 56,2% y el 59,7% en sus victorias electorales del 6 de diciembre de 1998 y del 30 de julio de 2000, la abstención se situó en 36,5% y 43,7%, respectivamente, lo que hacía equivalente su votación al 33,3% y al 32,06% de la población electoral. En ambos comicios, en otras palabras, las 2/3 partes de los inscritos en el registro electoral no sufragaron por Chávez.

Más allá de ello, estudios realizados entre 2001 y 2003 revelaron que la evaluación de la labor gubernamental resultaba más negativa que positiva. Por citar un ejemplo, el Pulso Nacional de la empresa Datos, cuya realización de entrevistas tuvo lugar entre el 15 y el 31 de mayo de 2003, reveló que mientras el 62% evaluaba negativamente la gestión del Gobierno, 16% lo hacía en términos positivos y 22%

ni positiva ni negativamente. Adicionalmente, 75% de los encuestados se definían como opositores de Chávez y su gobierno, frente a 25% que se identificaban como partidarios suyos (*El Nacional*, 28/6/2003, p. A-5).

Esa tendencia adversa, que amenazaba con ponerle fin a su administración a través de un referendo revocatorio, sería revertida con el lanzamiento de las misiones sociales y la injustificable postergación de esa consulta hasta el 15 de agosto de 2004.⁸ Realizado el escrutinio, el CSE anunció que la opción del NO había recibido el apoyo del 59,09% de los electores, frente al 40,63% de la opción del SÍ, con lo que Chávez quedaba ratificado en la Presidencia de la República. Este cambio en la intención de voto, como lo admitió en una reunión que sostuvo con sus allegados en noviembre en Fuerte Tiuna, fue producto del apoyo brindado por Fidel Castro en la creación de las distintas misiones para atender a los sectores sociales más necesitados del país (Chávez, 2004, p. 46).

A partir de entonces, Chávez se entronizaría en el poder al triunfar en distintas consultas electorales. En la de 2006 se impuso sobre Manuel Rosales, con una diferencia de 25,94 puntos (62,84% *versus* 36,9%), en la que sería su más amplia victoria en comicios presidenciales. Y aunque el 2 de diciembre de 2007 perdería por estrecho margen el referendo por la reforma de la Constitución, triunfó en el referendo aprobatorio de la enmienda constitucional, el 15 de febrero de 2009, con un margen cercano al 10%. Con esta victoria logró revertir parcialmente su derrota de 2007, pues resultó aprobada la reelección indefinida de quienes se desempeñan en cargos de elección popular, que era uno de sus principales objetivos en el referendo anterior, aunque circunscrito entonces a la Presidencia de la República.

El 15 de diciembre de 2006, días después de haber sido reelecto, Chávez hizo un llamado a sus aliados y seguidores para fusionar sus respectivas organizaciones en el nuevo Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV), el cual reemplazaría a su antecesor, el MVR. En caso de no aceptar esa propuesta, les planteó que sus dirigentes y militantes que entonces ocupaban cargos en su administración deberían en consecuencia abandonarlos. Con ello buscaba darle consistencia organizativa

⁸ La oposición había recogido 3.236.320 firmas, el 2 de febrero de 2003, para solicitar la convocatoria del referendo revocatorio. Las mismas fueron presentadas ante el Consejo Nacional Electoral (CNE) el 20 de agosto. El 12 de septiembre ese organismo emitió una resolución en la que declaraba inadmisibles las solicitudes por haber sido recabadas las firmas de manera extemporánea (Ayala, 2004, pp. 86-88). Se iniciaba así un proceso de dilación que duraría casi un año.

al chavismo y contar con una vanguardia partidista para impulsar y solidificar la “Revolución Bolivariana”.

Si bien algunas organizaciones como Patria Para Todos (PPT), Por la Democracia Social (Podemos) y el PCV rechazaron fusionarse, el proyecto no se detuvo y supuestamente logró la inscripción de unos 5.700.000 militantes entre abril y junio de 2007. A partir de enero del año siguiente se desarrolló un congreso fundacional durante seis fines de semana en distintos lugares del país, que conduciría el 14 de marzo a su formalización como partido nacional (Díaz, 2008; Koeneké y Varnagy, 2012).

Del lado de la oposición surgieron esfuerzos unitarios, algunos más exitosos que otros. La Coordinadora Democrática, creada en octubre de 2002 con el propósito de contribuir a la reconstrucción democrática en Venezuela, desempeñó un papel central en la activación del referendo revocatorio del mandato presidencial, postergado intencionalmente por el Gobierno hasta agosto de 2004. La misma quedaría disuelta luego de ese intento fallido por desplazar constitucionalmente a Hugo Chávez del poder.

Con respecto a la elección presidencial de 2006, cabe destacar la adopción de manera concertada, como mecanismo para seleccionar al candidato unitario de las principales organizaciones partidistas, de una encuesta realizada por una reconocida firma de investigación de mercados con una muestra representativa de la población nacional. Manuel Rosales resultó así el seleccionado de una tríada que incluía a Julio Borges y a Teodoro Petkoff. A pesar de este acuerdo unitario, el humorista y empresario Benjamín Rausseo, conocido como “el Conde del Guácharo”, presentó su candidatura por presuntamente reunir, según el asesor electoral Dick Morris (Gómez, 2006), las características de liderazgo necesarias para triunfar en esos comicios presidenciales; pero, se vería forzado a renunciar a dicha postulación el 15 de noviembre, es decir, 18 días antes del acto de votación, al ser detectado a través de sondeos de opinión pública el reducido apoyo con el que contaba (*cf.* Rausseo, 2007). Otros doce candidatos se mantuvieron en la contienda, sin que pudiera alcanzar alguno de ellos siquiera el 0,05% del sufragio.

El 23 de enero de 2008, como parte de la conmemoración del quincuagésimo aniversario del fin de la dictadura perezjimenista y del reinicio de la democracia, varios partidos de oposición suscribieron un Acuerdo de Unidad Nacional en el que se planteaban como objetivos de esa iniciativa, entre otros, el fortalecimiento de la

democracia, la lucha por la garantía de los derechos humanos y la consolidación de la soberanía nacional. En junio del año siguiente, el acuerdo fue reestructurado para conformar la Mesa de la Unidad Democrática (MUD), que presentaría en abril de 2010 un conjunto de propuestas programáticas, bautizadas como “100 soluciones para la gente”, orientadas a fortalecer la democracia y promover el progreso económico y social.

La MUD, que aglutina a más de veinte organizaciones partidistas con orientaciones ideológicas diferentes, hizo esfuerzos por presentar candidaturas unitarias para las elecciones parlamentarias de 2010, lo que logró en forma parcial. Para la elección presidencial y las regionales de 2012, así como para las municipales de 2013, programó y ejecutó exitosamente elecciones primarias conjuntas el 12 de febrero de 2012. Con el fallecimiento del presidente Chávez el 5 de marzo de 2013 y la convocatoria a una nueva elección presidencial el 14 de abril, se ratificó a Henrique Capriles Radonski como candidato unitario para enfrentar esta vez a Nicolás Maduro Moros.

Como opción política y gubernamental frente al PSUV y al chavismo, a la MUD se le han planteado importantes retos. Por un lado se hallan las diferencias doctrinarias o ideológicas que existen entre algunos partidos que la integran y, por el otro, las aspiraciones personales de dirigentes y militantes a proyectarse como líderes de la organización o a ser postulados como candidatos para las futuras elecciones, empezando por las parlamentarias de 2015. Esos retos, como lo señaló en fecha relativamente reciente José Antonio Gil Yepes, director de Datanálisis, de ser enfrentados adecuadamente, permitirían optimizar la identificación con los partidos de oposición, situada en 21%, ligeramente por encima de la identificación con el PSUV (17%), (Gil, 2014, pp. 1-5).

RECONCEPTUALIZACIÓN DE LA IDENTIDAD POLÍTICA DEL VENEZOLANO

Tal como se señaló en páginas anteriores, la identificación de los venezolanos con los partidos políticos ha cambiado desde la restitución del régimen democrático en 1958, tanto en términos numéricos o proporcionales como en términos organizativos o institucionales, es decir, con respecto a las preferencias y simpatías por organizaciones partidistas concretas. En este sentido, la preponderancia de AD y de Copei en la concentración de los votos emitidos en las elecciones nacionales

celebradas entre 1973 y 1988, bautizada como expresión de un “bipartidismo atenuado, no polarizado”, quedó desmontada en los comicios de 1993, 1998 y 2000 en virtud de un desalineamiento partidista que conduciría a lo que José E. Molina ha definido como un “sistema de pluralismo polarizado y desinstitucionalizado” (Molina, 2003). A partir de diciembre de 1998 quedarían abiertas las puertas para la elección de Hugo Chávez como Presidente de la República y, posteriormente, para sus sucesivas reelecciones.

Con ese desalineamiento o deserción ciudadana de los partidos políticos a los que originalmente brindaban su apoyo, sumado a la creciente abstención electoral, se hizo palpable la modificación sustancial de la identificación partidista durante la década de los años noventa.⁹ Pero más allá de estos cambios vinculados con las simpatías y la militancia partidista, hubo otros que incidieron en gran medida en la redefinición de la identidad política de los ciudadanos. El más notorio de ellos, como lo destacó Kenneth Roberts hace algo más de una década, es que el chavismo no solo marcó el colapso del sistema de partidos predominante desde 1958, sino que “también significó un regreso a la politización de la desigualdad social en Venezuela” (Roberts, 2003, p. 75).

En relación con este cambio es preciso reiterar, como se apuntó en páginas anteriores, que el discurso grupo-céntrico de Hugo Chávez en la campaña electoral de 1998, el cual mantendría a lo largo de sus catorce años de desempeño presidencial, estuvo dirigido a dividir maniqueamente a los venezolanos entre corruptos y honestos, explotadores y explotados, ricos y pobres, patriotas y traidores, chavistas y antichavistas, oligarcas y bolivarianos (*cf.* Chaparro, 2007; Pérez, 2005). División retórica que, apuntalada por crecientes relaciones clientelares, le rendiría beneficios electorales al obtener en forma mayoritaria, aunque no unívoca, el voto proveniente de los sectores populares, tal como fue evidenciado en distintas investigaciones (Molina, 2008; Lugo, 2014). Al respecto, Migdalia Lugo, luego de analizar las tendencias de los votantes en 1998, 2000 y 2006, concluye que “si bien es cierto que el voto por Chávez es mayor al de la oposición en los sectores populares, la oposición obtiene un importante caudal de votos en estos. La definición clasista propiamente dicha del voto se da en los estratos medio alto y alto en los cuales la votación por Chávez es muy baja” (Lugo, 2014, p. 175).

⁹ En junio de 1999, según datos de la empresa Datanálisis, 41% de los integrantes de una muestra nacional se identificaban con el MVR, 37% se definían como independientes, 4% como simpatizantes de AD y 3% de Copei (lámina de presentación a los suscriptores de la Encuesta Nacional Ómnibus).

Independientemente de los cambios mencionados se debe señalar que han existido patrones de continuidad en otras dimensiones de la identidad política. El más notorio de ellos ha sido la persistente desconfianza hacia los partidos políticos, evidenciada ya en 1973 en el estudio de Enrique Baloyra y John Martz (1979), en medio de una arraigada y aparentemente contradictoria convicción de que las organizaciones partidistas resultan imprescindibles para el funcionamiento del sistema democrático. Otra constante ha sido la orientación rentista predominante en Venezuela, que según los datos recabados en dicho estudio se concretaría en la opinión del 84% de los encuestados de que el sector público era el responsable por resolver los principales problemas del país, mientras que el 63% lo consideraba también como el agente más indicado para resolverles sus problemas de índole personal. Esa actitud paternalista y peticionista fue expresada mayoritariamente por los encuestados de todos los estratos sociales, sin diferencias estadísticamente significativas entre ellos (Baloyra y Martz, 1979, p. 60). Asimismo, esta orientación fue constatada por Geert Hofstede (1982), casi una década después, en una investigación comparativa de trabajadores en distintos países del mundo, en la que los de Venezuela, en palabras de José Miguel Salazar, se ubicaron entre los más dependientes de sus organizaciones de adscripción con la finalidad de obtener beneficios personales, así como en su percepción y aceptación de que el “jefe es jefe” (Salazar, 2001, p. 119).

Desde entonces, como lo revelan distintos estudios, el rentismo y el clientelismo no se han separado de la identidad política que prevalece entre los venezolanos. Por citar un ejemplo relativamente reciente, una encuesta de Keller y Asociados correspondiente al cuarto trimestre de 2012, presentada en un seminario de la Cámara Venezolana Americana de Comercio (VenAmCham) en julio de 2014, al indagar sobre las razones por las cuales los votantes de Hugo Chávez habían sufragado por él en octubre de 2012, arrojó los siguientes resultados: a) 59% por los beneficios recibidos (misiones, viviendas, pensiones); b) 16% por su liderazgo (capacidad, cariño); c) 16% por sus ideas (socialismo, revolución); y d) 6% por otras razones.

CONCLUSIONES

El recuento de las circunstancias que a partir de 1958 incidieron en los cambios observados en la identificación partidista de la mayoría de los venezolanos ha servido para ilustrar el proceso de desalineamiento partidista que se explicitó de

modo sustancial durante la década de los noventa. Proceso que no solo condujo a los reiterados triunfos electorales de Hugo Chávez, sino que contribuyó además a una redefinición parcial de la identidad política. La polarización de las mayorías en términos de una orientación política personalista (chavistas *versus* antichavistas) es una de esas consecuencias o resultados. En cambio, la proverbial inclinación rentista y las arraigadas orientaciones paternalistas-peticionistas no resultaron reemplazadas, sino más bien reforzadas, por las políticas sociales y el discurso reivindicador del chavismo. El oportunismo, como parte de esas orientaciones, fue evidenciado por la Red Universitaria de Cultura Política (Redpol) al constatar que si bien el 38% de aquellos con simpatías o militancia partidista habían afirmado estar identificados con el MVR en el sondeo preelectoral realizado en noviembre de 1998, tal cifra había ascendido en apenas dos meses al 66,4% en el estudio postelectoral de febrero de 1999, es decir, con Chávez como Presidente electo y como eventual dispensador de mercedes.

Sin embargo, con la llegada de Nicolás Maduro a la Presidencia de la República, en medio de una crisis económica que obstaculiza las relaciones clientelares, las autodefiniciones como chavistas y como militantes o simpatizantes del PSUV han experimentado un declive sustancial. Al respecto conviene recordar que mientras en la elección del 7 de octubre de 2012 Hugo Chávez había derrotado a Henrique Capriles con una ventaja del 10,7% de los votos, en la del 14 de abril de 2013 Nicolás Maduro superó a Capriles por un margen del 1,49%, lo que llevó al recién electo mandatario a declarar públicamente que estaba en conocimiento de la identidad de 900.000 personas que, pese a ser chavistas, habían sufragado por Capriles.¹⁰ Posteriormente, a finales de octubre, en un aparente esfuerzo por rescatar el apoyo perdido, formalizó la creación del Viceministerio de la Suprema Felicidad con el fin de coordinar y reactivar las misiones sociales dirigidas a atender a los más necesitados (*El Universal*, 29/10/13, pp. 1-8).

Las tendencias señaladas, finalmente, sirven para concluir que la variable identidad política debe incorporar en investigaciones empíricas que se lleven a

¹⁰ El temor al disenso y a la eventual deserción partidista se evidencia, por un lado, en el artículo 36 de los Estatutos del PSUV, que establece distintas sanciones a los disidentes. Y por el otro, en la Ley de Partidos Políticos, Reuniones Públicas y Manifestaciones, promulgada el 22 de diciembre de 2010 y conocida popularmente como “ley antisalto de talanquera”, en la cual se estipulan variadas sanciones a diputados que no sigan la línea partidista. Por lo demás, esa volatilidad electoral revela que el desalineamiento no se ha convertido en un realineamiento, pues el mismo implicaría que se hubiesen producido redefiniciones partidistas relativamente perdurables.

cabo en el futuro, además de la autodefinición partidista (militante, simpatizante, independiente), la existencia de patrones diferentes de participación política, las metas u objetivos por alcanzar a través de la participación o de la abstención, una inclinación ideológica, a menudo incoherente,¹¹ y una visión de quienes se ubican en el bando opositor que permita diferenciarlos con respecto a uno mismo.

REFERENCIAS

Libros

AYALA, C. (2004). *El referendo revocatorio. Una herramienta ciudadana de la democracia*. Caracas: Los Libros de El Nacional.

BALOYRA, E. y MARTZ, J. (1979). *Political attitudes in Venezuela. Societal cleavages and political opinion*. Austin: University of Texas Press.

BLANCO MUÑOZ, A. (1991). *Venezuela 1961*. Caracas: Cátedra Pío Tamayo, UCV.

BUNIMOV, B. (1968). *Introducción a la sociología electoral venezolana*. Caracas: Editorial Arte.

CALDERA, R. (1999). *Los causahabientes. De Carabobo a Puntofijo*. Caracas: Editorial Panapo.

CAPRILES, R. (2008). *El libro rojo del resentimiento*. Caracas: Debate.

CHAPARRO, C. (2007). *El que me acuse de dictador es un ignorante. Frases de Hugo Chávez*. Bogotá: Intermedio.

¹¹ En un estudio con una muestra aleatoria de electores del Distrito Sucre, estado Miranda, realizado a finales de 1979, Carolina Codetta pudo constatar que mientras 17,3% de los entrevistados eran coherentes socialistas y 12,6% coherentes capitalistas, 30,3% y 39,8% de ellos eran incoherentes socialistas e incoherentes capitalistas, respectivamente (Codetta, 1988). Posteriormente, en 2006, José E. Molina (2008) detectó, con una muestra nacional de 1.200 personas, que entre quienes aceptaron autoubicarse ideológicamente, el 66% resultó ser coherente. De ellos, el 53,8% se inclinaba por la candidatura de Manuel Rosales y 46,2% por la de Hugo Chávez. Entre los no coherentes, Chávez contaba con el apoyo del 78,1% y Rosales con el 21,9%, lo que, en palabras de Molina, pone de manifiesto un voto motivado por clientelismo, no por tendencia ideológica.

CHÁVEZ, H. (2004). *Taller de alto nivel. El nuevo mapa estratégico*. Caracas: Colección de intervenciones del Presidente de la República Hugo Chávez Frías.

CODETTA, C. (1988). Un modelo estructurado de ideología, en Magallanes, M.V. (coord.). *Visión general de las reformas. Financiamiento de los partidos. Clientelismo e ideología*. Caracas: Publicaciones del Consejo Supremo Electoral.

CONVERSE, P. (1966). The concept of normal vote”, en Campbell, A. y otros (Eds.). *Elections and the political order*. NY: John Wiley and Son.

DAWSON, R., PREWITT, K. y DAWSON, K. (1977). *Political socialization*. Boston: Little, Brown and Company.

GRABER, D. (1997). *Mass media and American politics*. Washington, D.C.: CQ Press.

HOFSTEDE, G. (1982). Dimensions in national cultures. En R. Rath y otros (Eds.). *Diversity and unity in cross-cultural psychology*. Lisse: Swets and Zeitlinger.

MARCUS, G., RUSSELL, W. y MACKUEN, M. (2000) *Affective intelligence and political judgment*. Chicago: The University of Chicago Press.

MOLINA, J.E. (2003). Venezuela. En Alcántara, M. y F. Freidenberg (Coords.). *Partidos políticos en América Latina*. México: IFE/ FCE.

MOLINA, J.E. y PÉREZ, C. (1996). Hacia un modelo explicativo de la participación electoral en Venezuela. En Magallanes, M.V. (Dir.). *Orden constitucional, reforma y crisis*. Caracas: Publicaciones del Consejo Supremo Electoral.

MORGAN, J. (2011). *Bankrupt representation and party system collapse*. University Park, The Pennsylvania State University Press.

PÉREZ, F.J. (2005). *El insulto en Venezuela*. Caracas: Fundación Bigott.

RAMÍREZ, M. (2007). *Isaac J. Pardo*. Caracas: Biblioteca Biográfica Venezolana/ El Nacional.

RAUSSEO, B. (2007). *El candidato soy yo*. Caracas: Los Libros de El Nacional.

RIVAS, J. (1987). *Las tres divisiones de Acción Democrática*. Caracas: Eduxere, C.A. Ediciones.

ROBERTS, K. (2003). Polarización social y resurgimiento del populismo en Venezuela. En Ellner, S. y Hellinger, D. (Eds.). *La política venezolana en la época de Chávez*. Caracas: Editorial Nueva Sociedad.

SALAZAR, J.M. (2001). Perspectivas psicosociales de la identidad venezolana. En Salazar, J.M. (Coord.). *Identidades nacionales en América Latina*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación, UCV.

SALAMANCA, L. (2012). *¿Por qué vota la gente?* Caracas: Editorial Alfa.

SANOJA, J. (2007). *Entre golpes y revoluciones*. Tomo II. Caracas: Debate.

SANTODOMINGO, R. (2013). *De verde a maduro. El sucesor de Hugo Chávez*. Bogotá: Debate.

STAMBOULI, A. (1999). La crisis y caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. En VVAA. *12 textos fundamentales de la ciencia política venezolana*. Caracas: Instituto de Estudios Políticos, UCV.

SUÁREZ, N. (2006). *Punto Fijo y otros puntos*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt.

TARVER, M. (2004). *El fracaso de un sueño. Un breve análisis de la insurgencia en Venezuela, 1960-1968*. Mérida: Consejo de Publicaciones ULA.

URBANEJA, D.B. (2009). *La política venezolana desde 1958 hasta nuestros días*. Caracas: UCAB/ Centro Gumilla.

VELÁSQUEZ, R.J. (1979). Aspectos de la evolución política de Venezuela en el último medio siglo. En VVAA. *Venezuela moderna*. Caracas: Editorial Ariel, 2ª edición.

WALDMAN, G. (2000). Identidad. En Baca, L. y otros (Comps.). *Léxico de la política*. México: FCE, Flacso, Conacyt, Fundación Heinrich Böll.

Revistas y publicaciones periódicas

BRITO, M. (2009). El chavismo: una coyuntura, una cultura, un discurso y una práctica política. *Apertura. Boletín de la FCES de LUZ*, año I, vol. 2: 40-43.

DÍAZ, S. (2008). El partido de la revolución nació desunido e inconforme. *El Universal*, 3 de marzo: 1-2.

GIL, J.A. (2014). La otra oposición. *El Universal*, 3 de noviembre, p. 1-5.

GÓMEZ, E. (2006). Rausseo encaja en el perfil de Dick Morris. *El Universal*, 26 de julio: versión digital.

KOENEKE, H. (2001). El enmarcamiento (*framing*) grupo-céntrico en la campaña electoral venezolana. *Temas de Comunicación*, N° 10: 41-55, UCAB.

KOENEKE, H. y VARNAGY, D. (2012). Interacción entre partidismo y personalismo desde el siglo XIX en Venezuela. *Cuestiones Políticas*, vol. 28, n° 49: 39-69.

LUGO, M. (2014). Clase social, ideología y voto en Venezuela, 1998-2006. Aproximación a partir del ingreso familiar. *Espacio Abierto*, vol. 23, n° 1: 149-177.

MOLINA, J.E. (2008). Ideología, clientelismo y apoyo político en las elecciones presidenciales de 2006. *Cuestiones Políticas*, vol. 24, n° 40: 30-51.

PIMENTEL, O. (2013). Secuestradores de Niehous han ocupado cargos públicos. *El Universal*, 13 de octubre, pp. 1-5.

REY, J.C. (2003). Esplendores y miserias de los partidos políticos en la historia del pensamiento venezolano. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, n° 343-344: 9-43.

TORRES, A. (1985). Fe y desencanto democrático en Venezuela. *Nueva Sociedad*, 77: 52-64.